



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

“Desigualdad”

Autor

Silvia Godet Tobeña

Director

Vicente Pinilla Navarro

Facultad de Economía y Empresa

2017

Información:

Autor: Silvia Godet Tobeña

Director: Vicente Pinilla Navarro

Título: “Desigualdad”

Titulación: Grado en Economía

Resumen:

-Español:

A lo largo de este trabajo se va a abordar el estudio de los tres tipos de desigualdad que se dan en el mundo, desde la más perceptible y reconocible por todos—desigualdad dentro de una misma nación- hasta la más abstracta, y no por ello menos importante, la desigualdad global.

En el punto intermedio se tratará la desigualdad que se da entre los distintos países y que, como se verá, asume un importantísimo papel en la determinación del nivel final de desigualdad global.

Este último tipo de desigualdad está comenzando a adquirir importancia debido a que el fenómeno de la globalización está cambiando nuestra forma de coexistir en el mundo, generándose con ello la necesidad de cambiar nuestra forma de estudiar la desigualdad, pues su análisis requiere de una ampliación de nuestra visión del mundo que trascienda más allá de las fronteras.

-English:

Throughout project we will study the three types of inequality that occur in the world, from the most perceptible and recognizable by all, -inequality within the same nation-, to the most abstract, and not because of it less important, global inequality.

The intermediate point deals with the inequality that occurs between the different countries and, as will be seen, assumes an important role in determining the final level of global inequality.

This last type of inequality is beginning to become important because the phenomenon of globalization is changing our way of coexisting in the world, generating with it the need to change the way we study inequality, since its analysis requires an extension of our vision of the world that transcends beyond borders.

Índice

I. Introducción.....	4
II. Desigualdad dentro de un mismo país.....	6
III. Desigualdad entre países.....	17
IV. Desigualdad global.....	27
V. Conclusión.....	33
VI. Bibliografía.....	35

I - Introducción

La palabra economía proviene del latín *oekonomia*, y esta a su vez del griego *οικονομία* (*oikonomía*), que se deriva de la unión de los términos griegos *οἶκος* (*oikos*), que significa ‘casa’, *νόμος* (*nómos*), ‘norma’.

Con anterioridad al inicio de mis estudios en Economía, comencé a escuchar que “la Economía es una Ciencia Social”. Este mantra se nos ha ido repitiendo sin cesar, con más intensidad aún, una vez sumergidos en el estudio de la misma.

Y, al final de estos estudios, un profesor de la asignatura Macroeconomía comentó que en el Master en Economía que se imparte en nuestra facultad, se trata más en profundidad el tema de la desigualdad.

En ese mismo instante, despertó el interés en mí sobre el estudio de la misma.

Así pues, que mejor manera de finalizar mis estudios en Economía que con un análisis de esta “norma de la casa” que nos engloba a todos y cada uno de nosotros en el mismo *hogar*.

Un estudio que tratará de analizar cómo nos afecta esta *norma* según el país en el que nacemos, al que migramos o el que percibimos cuando viajamos a otro país.

En este proyecto se explicarán las distintas visiones y formas de abordar el análisis de la misma que se han dado a lo largo del tiempo, desde los primeros autores que tuvieron el anhelo de explicarla, hasta los estudios más actuales.

Las teorías explicativas de la desigualdad, desde la primera a última, han sufrido un proceso de reconversión y corrección en armonía con los cambios que se han ido dando en nuestro mundo y la forma que tenemos de habitar en él.

El cuerpo de este trabajo se divide en tres grandes partes, en las cuales se analizará cómo se estudia la desigualdad entre los ciudadanos de un mismo país, la desigualdad entre países y por último, y tendencia que está tomando más relevancia en los últimos años, el estudio de la desigualdad global.

A lo largo del mismo, se hará constancia de los grandes problemas que existen a la hora de valorar los niveles de desigualdad y derivado de esto el problema de tratar de corregirla, sobre todo, a nivel global.

Añado, por último, que este trabajo se elabora con la inquietud de enriquecer más aun los conocimientos que he ido adquiriendo sobre la desigualdad durante el Grado en

Economía, ya que además de parecerme un tema fascinante, creo todavía queda mucho por revelar.

Este es un estudio sobre la desigualdad, tanto individual como global, que sin duda reflejará que, como dice Branko Milanovic, “la desigualdad es social por definición, ya que nace por comparación. Solo puede existir desigualdad cuando hay una sociedad”.

II – Desigualdad dentro de un mismo país

Debido a que el estudio de la desigualdad dentro de la misma nación ha sido el más utilizado, el más conocido y el primero que se empezó a investigar, se hace relevante mencionar a aquellos autores que comenzaron a tratarla y cuál ha sido la evolución de su estudio a lo largo de la historia.

La medición de la desigualdad, sea del tipo que sea, requiere de gran cantidad de datos y éste es uno de los grandes problemas a los que se han enfrentado –y se enfrentan- todos aquellos que ha tratado de estudiarla.

Para medir la desigualdad entre personas de una misma nación, se hace uso de los datos que se encarga de recolectar el Estado, véase en forma de encuestas familiares, de datos fiscales, calidad de vida...etc.

Sin embargo, esta necesidad de recolectar datos por parte del mismo, a fin de comprender las necesidades de sus ciudadanos, vino de la mano de la revolución marginalista, que comienza alrededor del año 1870.

En ese momento, se encabezaba la transición en el estudio de la “Economía-Política” de David Ricardo y coetáneos, centrada más en estudiar la economía a través del prisma de las clases sociales, hacia el estudio de una “Economía” con entidad propia cuyo principal objeto de estudio se centra en las necesidades individuales y la satisfacción del consumidor como individuo.

Cabe añadir que la revolución marginalista, que marcó un antes y un después en la forma en la que se estudiaba -y estudiamos- hoy la Economía tardó en hacerse valer, pues los precursores como Cournot y Dupuit fueron ignorados en su tiempo.

Entrado el siglo XX, Vilfredo Pareto abordó el asunto de la desigualdad de la renta. En esta época los datos sobre la distribución personal de la renta personal comenzaban ya a ser generados.

La información de la que disponía para medir la desigualdad de renta dentro de un país era de datos fiscales de ciudades y países europeos de finales del siglo XIX.¹

¹ Es debido señalar que la utilización de datos fiscales puede estar sesgada para estudios de mayor amplitud de países ya que en algunos de ellos los habitantes más pobres no pagan impuestos directos

Pareto descubrió que existía una “Ley de Hierro de la desigualdad interpersonal”, ajena al sistema social imperante, por la cual la distribución de la renta no se veía afectada por quien ostentara el título de “élite”, pues sostenía que las sociedades se caracterizan por la circulación de las mismas. Esto implica que Pareto creía que la distribución de la renta era semi-fija.

Asimismo, Pareto descubrió que existía una ley por la que el 80 por ciento de los ingresos eran percibidos por el 20 por ciento de las personas.

Esto se manifestó al calcular cuántas personas percibían un nivel de renta superior a X y, aumentando ese nivel de renta de 10 por ciento en 10 por ciento, concluyó que el número de personas receptoras se reducía entre un 14 y un 15 por ciento. Se conoce este hecho como “la guillotina” de Pareto, que se asemeja a la realidad actual si se aplica a las rentas más elevadas -1 o 2% de los más ricos-.

Siguiendo con los distintos enfoque que se dan con respecto al tratamiento de la desigualdad dentro de un mismo país, se puede hacer uso del enfoque welfarista del reparto de la utilidad-bienestar en una sociedad.

El enfoque welfarista mide el bienestar de una sociedad como la suma de todas las utilidades individuales de sus miembros.

Según la misma, y sabiendo que los rendimientos marginales que cada dólar aporta a su poseedor son cada vez menores (utilidad marginal decreciente de la renta), se deduce que, bajo una sociedad en la que hay cierta desigualdad, ese dólar último proporcionaría más utilidad a la persona con menos ingresos que a la persona más rica.

Así pues, si ese dólar último se transfiriese a la persona más pobre la suma total de la utilidad social aumentaría, suponiendo que las funciones de utilidad son las mismas entre todos los individuos.

Anthony Atkinson desarrolla en 1970 un sistema de medición de la desigualdad de la renta en el que ese último dólar que reporta poca o nula utilidad al rico, se considera un “desperdicio” desde el punto de vista social, ya que podría conseguirse el mismo bienestar social total mediante una renta global inferior distribuida equitativamente entre los individuos.

En este punto, se genera el conocido problema de la dificultad de medir el bienestar que se atravesó tras relajar el supuesto de que todas las funciones de bienestar son iguales.

Si la renta se distribuyese bajo el modelo de “renta equivalente distribuida equitativamente” de Atkinson, es fácil deducir que la renta debería canalizarse hacia aquellas personas cuyas altas funciones de utilidad aumentasen de forma más notable la suma del bienestar total.

Francis Edgeworth defendía la existencia de la desigualdad al sostener que las personas ricas merecían unas rentas más altas debido a su mayor capacidad de disfrutar un buen vino o una buena mesa, (bien llamados por Milanovic como “generadores más eficientes de utilidad”). Pero, ¿es posible argumentar que la sociedad deba transferir mayores rentas a aquellos que mejor disfrutarán de ellas en detrimento de aquellos que viven rozando la subsistencia?

Amartya Sen critica esto argumentando que, por el contrario, se debería intentar igualar las “capacidades de cada uno para disfrutar”, otorgando rentas superiores a aquellos que tienen más dificultades para disfrutar de un conjunto de bienes y servicios. (Amartya Sen, *Equality of What?*, 1979)

Dadas estas pinceladas sobre las distintas corrientes de pensamiento con respecto a la medición óptima del bienestar social, si los instrumentalizamos para poder vislumbrar cuál de ellos lleva a un sistema social real que se ajuste a la justicia económica, deberíamos desechar aquellos como el welfarismo puesto que uno de sus axiomas más inamovibles es el del criterio de Pareto y, por descontado, este criterio no es aplicable a la realidad. No existe un sistema social en el que alguien mejore, sin que alguien pierda.

En 1971, Rawls se desmarca de las teorías utilitaristas y afirma que “solo puede encontrarse una justificación de cualquier desviación de la igualdad en la necesidad de aumentar la renta absoluta de los más pobres”.² (Rawls, John, *The Law of peoples*, 1999)

Desechado el método welfarista-utilitarista, que viene perdiendo peso entre los economistas de un tiempo aquí por la dificultad de vislumbrar conclusiones claras, la medición de la desigualdad se encuentra en un entresijo.

² Sin embargo, aplicaba este principio diferenciador únicamente al ámbito de la nación, posicionándose más tarde en contra de la redistribución a causa de las migraciones.

Volviendo al problema de la disponibilidad de datos, y dejando apartadas las encuestas fiscales que utilizó Vilfredo Pareto en su momento, se dan por más representativas las encuestas de hogares, de las cuales se empiezan a tener datos fiables tras la Segunda Guerra Mundial.

Por descontado, en los países en desarrollo no empieza a recolectarse este tipo de información hasta bien entrados los años setenta, en los que algunos solo las realizan cada dos años o incluso cinco, dificultando la extracción de series estadísticas anuales.

Las encuestas de hogares se manejan considerando que cada hogar es una unidad de renta en la que todos sus miembros comparten de forma igualitaria los ingresos y gastos. Se suma el monto total de ingresos de cada unidad familiar y se divide por el número de personas que forman la misma, derivándose la renta per cápita del hogar.

Se busca ahora un indicador de desigualdad que utilice la información de todos los individuos que forman parte de una distribución.

El coeficiente de Gini, definido en 1914 por el estadístico y economista italiano Corrado Gini, compara la renta de cada individuo con las rentas de todos los demás y la suma de esas diferencias bilaterales se divide a su vez entre el número de personas que forman parte de la distribución y la renta promedio del grupo.

El intervalo del resultado va desde 0, en el que todos los individuos perciben la misma renta y 1, en el que toda la renta es percibida por un solo individuo.

Estos valores extremos son irreales en la práctica. El índice de Gini en el mundo real oscila entre 0,25-0,30 en los países más igualitarios como los países nórdicos y algunos países de Europa central, mientras que alcanza el 0,6 en los países menos igualitarios como Brasil o Sudáfrica.



Gráfico 1.1. Índice de Gini para Sudáfrica, Brasil, Estados Unidos, España y Suecia

La creencia de Pareto de que la distribución de la renta es semi-fija fue refutada por el economista Simon Kuznets, con su ampliamente conocida curva en forma de U invertida, publicada por primera vez en 1955, según la cual la distribución de la renta variaba en función del nivel de desarrollo de los países.

En las primeras fases de desarrollo de un país, se suponen ingresos de subsistencia para toda la población, por la que desigualdad dentro de ese país sería escasa.

Según avanza la sociedad, se llega a la industrialización –punto más alto de la curva- en la que las altas tasas de desigualdad vienen generadas por las diferencia entre los salarios que perciben los trabajadores industriales con respecto a los trabajadores agrarios por la desigual productividad entre ambos sectores.

Además de la relación con los factores de estructura económica, la forma de la curva de Kuznets también se relaciona con el esfuerzo redistributivo que comienzan a ejercer los gobiernos durante la etapa de industrialización, razón por la que la desigualdad empieza a disminuir.

Por último, en las sociedades más avanzadas, el papel de Estado con respecto a la redistribución de riqueza se hace aún más patente, el acceso a la enseñanza se generaliza y, como se observa en el gráfico siguiente, la desigualdad disminuye.

Este hecho puede relacionarse con que la estabilidad democrática provee sociedades más igualitarias.

El 95 por ciento de los países que tienen índices de Gni más bajos, y con ello, sociedades más igualitarias, son clasificados como democracias.

Sin embargo, solo el 75 por ciento de los menos igualitarios lo son. (Jagger and Marshall, 2000)

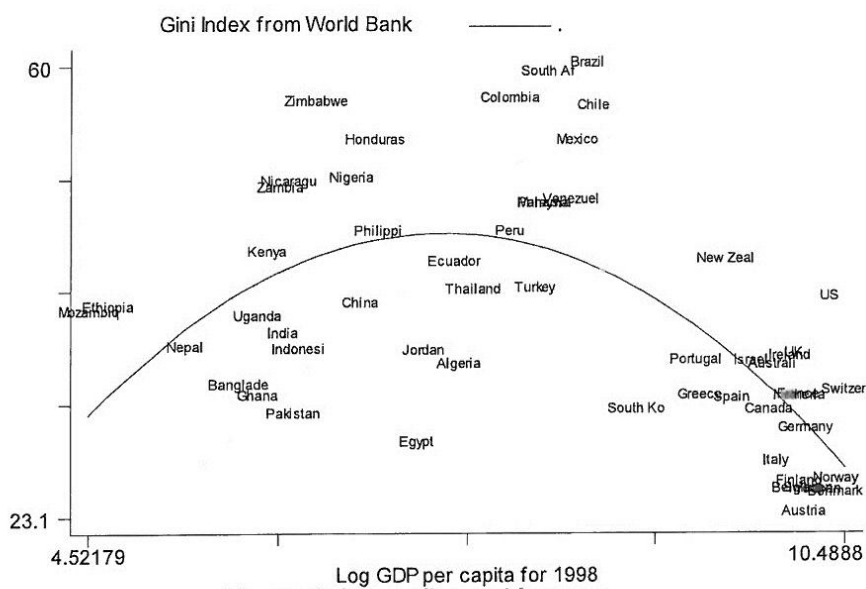


Gráfico 1.2. Curva de Kuznets

Sin embargo, más tarde, los economistas que se dispusieron a investigar a fondo los efectos de la curva de Kuznets, descubrieron que ésta no se comportaba de una forma homogénea en todos los países, lo que llevó a incluir más factores a considerar a la hora de estudiar la distribución de la renta.

La “curva de Kuznets aumentada” valora ahora factores como la “profundidad financiera” o la apertura de una economía.

Los resultados son mejores que cuando solo se utiliza la curva simple, pero pocas veces son totalmente esclarecedores.

Si bien es cierto que, aplicando las teorías de Kuznets tal como las planteó –para países concretos a lo largo del tiempo- se observa que durante la revolución industrial la desigualdad en los países del este de Europa y Estados Unidos se comportó como Kuznets sugería que debían hacerlo, pues hubo un marcado aumento de la desigualdad que alcanzó su pico en 1860 en Inglaterra y en Estados Unidos en 1920, y a partir de ese momento comenzó a disminuir.

Se entra ahora en un apasionante debate: ¿puede seguir fluctuando la curva de Kuznets?

Asumiendo que, como se verá, en los últimos veinticinco años la desigualdad dentro de los países ha aumentado considerablemente no solo en China, Rusia e India, donde podría argumentarse que todavía se encuentran en la fase intermedia de desarrollo, sino que también lo ha hecho en países de Europa Occidental y Estados Unidos, el tramo descendente de la U invertida de Kuznets se está transformando en un tramo ascendente, lo que genera en gráfico parecido a una S tumbada.

Este apasionante descubrimiento, sin embargo, no disfruta todavía ninguna teoría clara que explique una evolución de la desigualdad tal que así.

Sin embargo, el revolucionario trabajo de uno de los economistas que ha puesto en entredicho las teorías de Kuznets, Tomas Piketty, especialista en desigualdad económica y distribución de la renta, puede esclarecer alguno de los enigmas planteados con respecto a las teorías de Kuznets.

Piketty recupera el uso de los datos fiscales que comenzó a usar Vilfredo Pareto -tras ser sustituidos por las encuestas de hogares- con el fin de explicar las variaciones de la desigualdad a lo largo de un periodo más extenso de tiempo –el siglo XX completo-, ya que las encuestas de hogares solo empiezan a estar disponibles en periodo posteriores. El economista francés demuestra que la desigualdad en los países occidentales –más desarrollados- ha aumentado decisivamente tras un periodo de prolongado descenso. Este hecho también puede enfocarse no como una refutación de las teorías de Kuznets, sino como una elongación de las mismas, en tanto en cuanto Piketty haya podido encontrar la explicación empírica al enigma de la nueva tendencia fluctuante de la curva de Kuznets por la que ésta comienza a ascender de nuevo una vez superada la fase de progreso en la que se encuentran actualmente los países de más alto desarrollo económico.

Piketty atribuye este aumento de la desigualdad a causas de carácter político, derivadas de las decisiones que se toman con respecto a los impuestos directos o de sucesiones, o con respecto a los efectos de las guerras.

Específicamente, se refiere al aumento de la desigualdad en los países occidentales a causa de una concentración constante del aumento de la riqueza que no se autocorriga y que retroalimenta el incremento de la desigualdad económica.

Una de las soluciones más novedosas planteadas por Piketty a coalición del aumento de la desigualdad es la de la creación de un impuesto global y progresivo sobre el

patrimonio a nivel mundial, a fin de contribuir a una redistribución más justa desde el punto de vista social.

La difusión de la educación y la inversión en el conocimiento son también tenidas en cuenta por Piketty a la hora de plantear soluciones contra la desigualdad, considerándolas como la gran palanca contra la misma.

Otra de las posibles explicaciones que se valoran es la de que la tendencia a la fluctuación de la U invertida de Kuznets radique en el aumento de la demanda de trabajadores altamente cualificados, concretamente en el campo de las habilidades tecnológicas. (Edward L. Glaeser, 2005)

Según Kuznets, la desigualdad podía favorecer el crecimiento siempre y cuando se cumpliesen algunas premisas.

Para que la desigualdad dentro de un mismo país pueda considerarse beneficiosa para la sociedad, debería ser capaz de generar incentivos para que la gente estudie, se forme o lleve a cabo proyectos empresariales.

Sin embargo, no lo sería una desigualdad que perpetuase al estancamiento de las posiciones adquiridas, es decir, que evitase la generación de un cambio político en la sociedad, por el que los que mantienen posiciones privilegiadas consigan un mejor acceso a la educación y por tanto a mejores puestos de trabajo.

Se extrae de aquí la idea de que, si impera este tipo de desigualdad en un determinado país, se estará desaprovechando el talento de buena parte de su población; los pobres.

En este punto, entra en juego el papel de la educación.

Las sociedades más igualitarias, como por ejemplos son los países escandinavos, donde Noruega obtenía un índice de Gini de 25,9 para el año 2012 y Suecia un 27,32, el acceso a la educación de calidad es ampliamente asequible y, con ello, la distribución de habilidades entre sus ciudadanos es más homogénea.

Sin embargo Brasil, uno de los países más desiguales del mundo con un índice de Gini también para el 2012 de 52,67, sufre de una gran heterogeneización de las habilidades entre sus habitantes, donde las élites urbanas obtienen altos niveles de educación y por el contrario, los trabajadores agrícolas no.

Por tanto, uno de los factores explicativos de la desigualdad moderna en los países desarrollados puede explicarse en base a la heterogeneización de la educación y, con ello, de la distribución de las habilidades tecnológicas que nombra Glaeser.

Así pues, el rol redistributivo que adopta el gobierno de un país con respecto a la renta en su fase de industrialización, parece que debe tomar otro cariz y pasar a redistribuir de una forma igualitaria la educación entre sus ciudadanos.

Buen ejemplo de esto son las políticas aplicadas en países asiáticos como Taiwán o Singapur, en los que inicialmente el acceso a la educación estaba limitado a pequeñas élites europeas y negado a los nativos, y con el esfuerzo redistributivo de la educación por parte del gobierno son ahora relativamente igualitarios. (Edward L. Glaeser, 2005)

Milanovic posiciona el papel de la educación en la curva de Kuznets como necesaria a introducir y facilitar el acceso a la misma en el punto alto de la curva, pues antes de llegar a él, el capital físico escasea y la necesidad imperante es la de que las personas estén dispuestas a invertir su dinero en capital. Una vez superada esta fase, la educación se torna crucial en tanto en cuanto el capital humano se torna valioso debido a la necesidad de una mayor y más diversificada cualificación.

Esta universalización de la educación en esta etapa del desarrollo, como se nombra antes, no debe restringir el acceso a la misma de la gente pobre pues, de perder el talento éstos, el índice de crecimiento comienza a renquear.

Por tanto, se afirma que “la educación debe generalizarse, y una educación generalizada es equivalente a una menor desigualdad”. (Milanovic, 2011)

Cabe entrar a extender el tema de la redistribución de la renta dentro de los países pues, conforme se vaya ampliando la mira de la medición de la desigualdad a más gran escala –desigualdad entre países y desigualdad global- ya no cabrá entrar hacerlo, pues las posibilidades de un gobierno de modificar la desigualdad global son escasas.

Suponiendo un país en la que hay tres grupos de individuos, divididos en clase baja, media y alta, se considera a los individuos de la clase media como el “votante mediano”.

Usualmente, las personas ricas preferirán políticas de imposición y redistributivas más laxas, mientras que los individuos de clase baja preferirán lo contrario.

Así pues, el poder de decisión recaerá sobre el votante mediano, quien debería beneficiarse del proceso de redistribución por ser quien elige la tasa fiscal y las prestaciones que la acompañan.

Esto significa que el votante mediano debería estar mejor situado sobre la distribución cuando su renta se evalúe en términos de renta disponible (después de impuestos) que cuando se haga en función de su renta disponible (antes de impuestos).

Sin embargo, se demuestra en el estudio *The median-voter hypothesis, income inequality, and income redistribution* de Branko Milanovic que esto no es siempre así.

En las principales democracias analizadas en este estudio durante el periodo 1980-2000, la cuota de la decila más pobre de los países sobre el total de rentas de mercado es muy pequeña; de un 1,2%.

Tras el ejercicio redistributivo realizado por el gobierno, la parte proporcional asciende hasta el 4,1% en media.

Para la segunda decila más pobre los valores pasan de 3,6% a 5% respectivamente, disminuyendo sucesivamente el porcentaje de beneficio redistributivo para cada decila superior hasta aumentar negativamente en las decilas superiores.

Matizar, que los resultados no son los mismo para todos los países, como se muestra a continuación con el siguiente par de gráficos.

El beneficio redistributivo de la decila inferior en Estados Unidos es el de la media citada -cuatro puntos porcentuales-, mientras que Alemania se sale de la misma llegando a una ganancia del 7%.

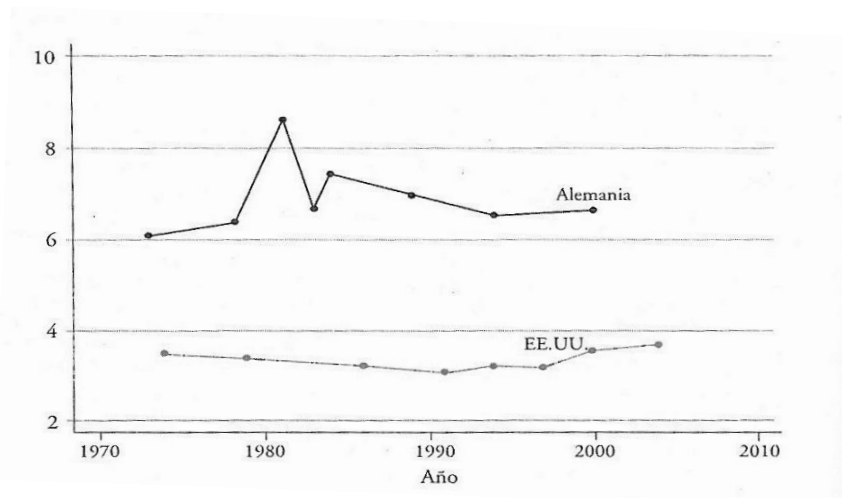


Gráfico 1.3. Beneficio distributivo de la decila inferior en EEUU y Alemania

Para el mismo tipo estudio –utilizando ahora el quintil más bajo y para un periodo más pretérito- y a fin de completar la ilustración anterior con más países, el siguiente gráfico refleja la ganancia de participación (beneficio distributivo) del quintil inferior para Suecia, Reino Unido, Canadá y Estados Unidos.

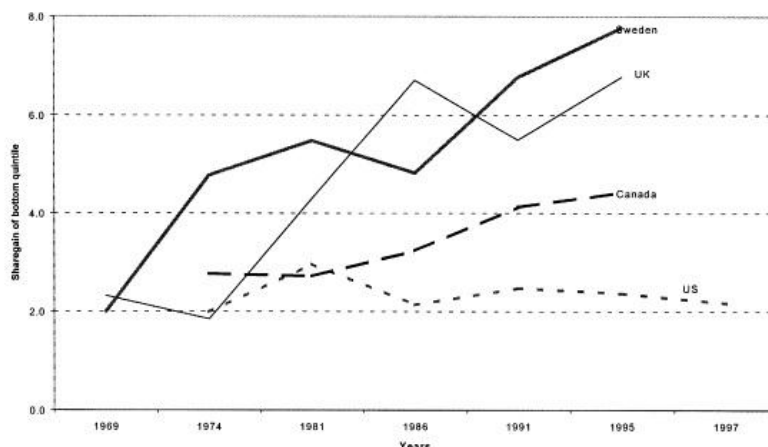


Gráfico 1.4. Beneficio distributivo del quintil inferior para Suecia, Reino Unido, Canadá y Estados Unidos.

Se observa que, durante el periodo Thatcher, en el que a pesar de que las transferencias sociales con respecto al PIB disminuyeron, la ganancia distributiva del quintil más pobre aumentó significativamente.

El mismo resultado se observa para Suecia y Canadá, pero no para Estados Unidos, donde la ganancia del mismo en 1997 fue la misma que hace un cuarto de siglo y mucho menor que en los otros tres países.

Por contrapartida, y en contra de todo pronóstico, las decilas en las que se situaría el votante mediano (quinta y sexta) no se benefician de la distribución, llegando incluso a disminuir su parte proporcional.

Las dos posibles respuestas a este fenómeno es que el votante mediando vote a favor de políticas redistributivas que en última instancia puedes favorecerle por el hecho de que ven éstas como un seguro –financiar los beneficios por desempleo en caso de que en un futuro los necesitase- o por la imposibilidad de valorar cuantitativamente los beneficios que las clases medias reciben de la enseñanza pública y los sistemas sanitarios socializados ya que no están incluidos en la renta disponible. Si pueden ser medidos, tal

vez pudiese afirmarse que el votante mediano se beneficia en última instancia de las políticas redistributivas.

Por tanto, la desigualdad entre ciudadanos de un mismo país está sujeta a incógnitas como la de la tendencia fluctuante de la curva de Kuznets, el votante mediano y el contexto político de cada nación, que llevará a unas decisiones políticas de redistribución más o menos congruentes con lo que dicen los datos.

III – Desigualdad entre países

La desigualdad entre las naciones del mundo mide la diferencia entre la media de las rentas o PIB per cápita entre un país y otro.

Este tipo de desigualdad comenzó a hacerse patente al abrirse una brecha de inmensas proporciones y reproduciéndose a pasos agigantados, con la Revolución Industrial del S.XIX, pues con anterioridad a ella la mayoría de los países vivían en el nivel de subsistencia.

Este tipo de desigualdad ha ido aumentando de forma constante desde entonces hasta la pasada década de los cincuenta, como se verá a continuación.

Para comparar el PIB per cápita entre países se utilizará el índice general de precios, tomando como unidad de medida el nivel de precios en Estados Unidos y valorando el resto con relación a él.

Este proceso permite comparar el PIB per cápita de una nación en unidades compatibles con el PIB de otros países o épocas pues, suponiendo que el nivel de precios en China está al 42 por ciento del de Estados Unidos, para compararlo con el nivel de precios de éste país con el último, se debe inflar las rentas chinas con un factor de casi el dos y medio ($100/42$), siendo este su precio internacional para valorar el precio de un servicio en China como si éste fuese disfrutado en Estados Unidos, valorados en unidades PPA (paridad de poder adquisitivo).

Mirando hacia el pasado, y utilizando a partir de ahora este método para la comparación entre países, alrededor de 1820, Gran Bretaña y Países Bajos era los países más ricos del mundo, siendo tres veces más ricos que China e India. Sin embargo hoy la ratio entre los países más ricos y los más pobres ha ascendido a más de cien a uno. (Milanovic, 2011)

La ratio entre Gran Bretaña y China, a pesar de que sus posiciones relativas han cambiado desde 1820, es hoy de seis a uno, el doble que hace dos siglos.

Este fenómeno, que como se ha mencionada comenzó tras el “big bang” de la Revolución Industrial, se conoce como “divergencia de rentas”.

Sin embargo, China y la India, dos países pobres y muy poblados, han provocado que, por su gran crecimiento económico reciente, se nivele el efecto global de la desigualdad

entre países, disminuyendo la presión sobre la misma entre países ponderados por población.

La desigualdad, estudiada desde la comparativa entre naciones, demuestra que hoy en día es mucho mayor de lo que era en el siglo XIX y que la mayor parte de estas desigualdades entre individuos se explican según la nacionalidad de estos.

Cabe notar que es este tipo de desigualdad entre individuos de distintas naciones el que provoca el fenómeno migratorio de los habitantes de países pobres hacia los países ricos.

Se calcula que en 2006 había 196 millones de personas (el 3 por ciento de la población mundial) viviendo en países en los que no habían nacido y que los flujos migratorios anuales son de alrededor de 3 millones de personas. (Richard Freeman, *People Flows in Globalization*, 2006)

Si la globalización incurre en aumentos migratorios de países pobre a países ricos, se deduce que los países ricos notarán una heterogeneización étnica dentro de sus fronteras.

Los estudios de Glaeser concluyen que en las sociedades en las que se da esta heterogeneización étnica -cuando sus ciudadanos la perciben- el votante mediano está menos dispuesto a votar a favor de políticas redistributivas más férreas. Es decir, la gente está más predispuesta a votar políticas de redistribución si vive cercanamente a gente pobre de su raza que si es gente pobre de otra raza.

Si en el anterior apartado se había otorgado al votante mediano el papel de decisor sobre las políticas redistributivas que se habrán de aplicar dentro de las fronteras, se observa ahora que con el fenómeno de la globalización, y con ello de la migración, las decisiones de éste se ven modificadas.

Siguiendo con el caso del extraordinario crecimiento económico de China y el estrechamiento de la brecha de desigualdad global que ha conllevado el mismo, se crea una unidad de medida con la que se esclarecen algunos puntos:

Esta unidad de medida de bienestar social, denominada “útil”, representa la duplicación de los ingresos reales de 100 millones de personas.

China, con una población media de 1.000 millones de personas y con un PIB per cápita que ha aumentado doce veces, ha sido capaz de generar en los últimos treinta años treinta y ocho útiles.

Estados Unidos, con un crecimiento del PIB real per cápita que aumenta a un factor de tres desde 1950, y con un promedio de población de 220 millones entre aquella fecha y hoy, produjo menos de cuatro útiles.

Japón, entre 1945 y el presente, anota dieciocho de esos útiles.

Sin embargo, si se recurre a analizar estos datos en niveles absolutos de renta, en el año 2007 el PIB per cápita de la India, China y Estados Unidos fue de 2.600\$PPA, 5.050 \$PPA y de 43.200 \$PPA respectivamente.

Desde esta perspectiva, resulta evidente la dificultad de encontrar habitantes chinos o indios cuyos ingresos sean comparables a los ingresos de la clase media norteamericana. Resulta, además, que si el PIB per cápita estadounidense crece un 1 por ciento, el de la India necesitará crecer un 17 por ciento y el de China un 8,6 por ciento para que las diferencias de renta no aumenten entre estos países.

Se añade que en 1980 la renta per cápita estadounidense era de 25.500 \$PPA y la de China de 525 \$PPA por persona, resultando una diferencia absoluta entre ambos de unos 25.000 \$PPA. Hoy, esta diferencia absoluta alcanza los 37.000 \$PPA. (Milanovic, 2011)

Por tanto no sería una rareza, a pesar del gran crecimiento de la economía china, alegar que este es todavía un país pobre.

Si se buscan explicaciones en la teoría neoclásica, ésta afirma que la globalización debería venir acompañada de una convergencia de rentas entre los países, en tanto en cuanto los países pobres habrían crecer más rápido que los ricos.

La teoría, bien conocida y estudiada a lo largo de grado en Economía, dice que los flujos de capital de los países ricos se canaliza hacia los países pobres, en los que los menores salarios y alto retorno de capital deberían atraer la inversión de los países ricos,

con lo que a su vez los países pobres se beneficiarían de ello al incrementarse sus índices de crecimiento.

A esto se añade también que, en el marco de un mundo globalizado, la apropiación de la tecnología ya desarrollada por los países ricos por parte de los países pobres, beneficia a estos últimos al poder ser adquirida a un coste relativamente bajo.

Queda por tanto relegado el hecho de romper nuevas barreras tecnológicas a los países ricos, mientras los países pobres se centran en la producción de bienes en los que tengan relativa ventaja comparativa.

Pero, ¿es esto cierto en la práctica?

Se acaba de ver que en el mundo globalizado actual las rentas de los países están divergiendo, al contrario de lo que debería ocurrir bajo los supuestos de la teoría neoclásica.

En el gráfico siguiente, generado con datos del Banco Mundial, se representa la inversión extranjera directa que entra en los países indicados, en US\$ a precios actuales. Se observa que la posición que ostenta China en referencia a la inversión extranjera que recibe, está por debajo de lo esperado, por lo que se puede afirmar que la inversión extranjera no ha fluído tal y como la teoría neoclásica indica que debería ser, sino que, por el contrario, ha fluído de países ricos a países ricos.

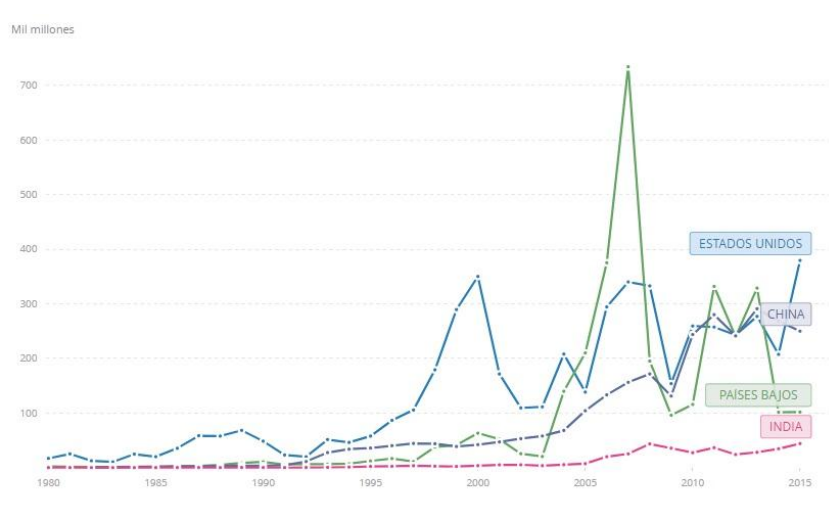


Gráfico 2.1. Recepción de inversión extranjera directa

Cabe añadir que estos hechos son característicos de la globalización actual, llamada “Globalización 2.0”, pues bajo la “Globalización 1.0”, liderada por Gran Bretaña entre 1870 y 1914 la economía sí que parecía comportarse conforme la teoría neoclásica anuncia. Los flujos de capital se movían de países ricos a países pobres.

Este fenómeno, en el que el capital de los países ricos fluye hacia países ricos, incluso por parte de los países pobres –porque los ricos de los países pobres temen por su dinero e invierten en el extranjero- es conocido como la “paradoja de Lucas”.

Desgranando las causas por las que la teoría neoclásica reglaba la dirección que debería tomar el capital, se pasa a exponer las posibles causas de la paradoja de Lucas a fin de explicar el aumento de la desigualdad entre países que en este apartado concierne.

Como se ha expuesto anteriormente, se presuponía que el avance tecnológico, capitaneado por los países ricos, acabaría beneficiando a los países pobres al poder acceder al mismo o, al menos, imitarlo.

Sin embargo, es bien sabido que los países ricos implantan sistemas de derechos de propiedad intelectual sobre sus descubrimientos e innovaciones, asegurándose el poder ganar más dinero y con ello, obstaculizando a los países pobres en el camino hacia su desarrollo.

Expuesto esto, podría entenderse ahora el porqué de las causas de la divergencia de rentas, aunque no está de más añadir las siguientes posibles causas que se barajan para explicar la misma:

La posible existencia de rendimientos crecientes a escala, derivada de la combinación de personas altamente cualificadas y de capital altamente sofisticado de los que disfrutaban los países ricos, en contra de los rendimientos constantes a escala que se generan en los países pobres.

Es de importancia señalar que la producción de nuevas ideas y tecnología se viene integrando en el estudio académico de la economía como algo intrínseco a la misma para explicar el desarrollo económico, es decir, se ha “endogeneizado” dentro del sistema económico.

Ejemplo de ello son las teorías de crecimiento de Ramsey y Lucas, en el que se entiende al progreso técnico como la piedra angular del crecimiento económico.

En el modelo de Ramsey, el progreso técnico ϕ es un factor exógeno que, en última instancia, explica el crecimiento económico.

Pero este factor explicativo requiere de una serie de sistemas institucionales, desarrollados principalmente en los países ricos, por los que se vean fomentados y encauzados los esfuerzos en investigación y desarrollo de nuevas tecnologías que pondrán en marcha el motor de crecimiento exógeno de Ramsey.

Más adelante en el tiempo, Lucas va más allá y trata de averiguar qué es lo que hay detrás del factor exógeno de Ramsey, consiguiendo endogeneizarlo al explicar que lo que hay detrás de ese ϕ es nada más y nada menos que el capital humano.

En el modelo de crecimiento endógeno de Lucas, el capital humano es entendido como una variable endógena que afecta a la producción -y con ello al crecimiento económico- que, además, se acumula a lo largo del tiempo. (Fatás, Francisco. “Modelos de Crecimiento Económico”. Macroeconomía IV. Universidad de Zaragoza, 2017)

Si, como plantea este modelo, la función de producción de capital humano depende de la productividad del sector educativo (δ), nos encontramos ante la misma situación de desventaja por parte de los países menos desarrollados.

Esto se debe a que el sector educativo requiere, de nuevo, de un sistema institucional que fomente la educación de calidad, buscando la máxima eficiencia de ese capital humano generado en aras de que retorne a la economía para generar más capital humano en el futuro, en lugar de canalizarse hacia la producción de bienes de consumo, para seguir innovando y traspasar esa barrera tecnológica que potenciará su crecimiento económico en el largo plazo.

Esfuerzo en innovaciones de las que, de llegar a buen puerto y como se ha mencionado, no se beneficiarán los países menos desarrollados por las licencias de propiedad intelectual.

Se debe recordar además que la habitual medida del PIB per cápita, no es más que un indicador medio, por lo que no tiene que coincidir necesariamente con el valor de la renta real de ningún individuo.

Se va a proceder a descomponer el PIB per cápita en las rentas reales que recibe cada país, con el objetivo de obtener una visión más objetiva de la distribución de las rentas, a fin comparar las mismas entre distintos países.

En el siguiente gráfico, se divide la población de los países estudiados en veinte grupos de renta – ventilas, donde cada un reúne al 5 por ciento de la población- clasificados según su renta familiar per cápita.

Cada ventila de la población se situará sobre el gráfico según su propia renta familiar media en dólares internacionales (\$PPA), por lo que con un dólar de esa familia podría comprar la misma cantidad de bienes y servicios en todas las partes del mundo. Todo esto, se plasma sobre la distribución mundial de la renta, subdividida en percentiles.

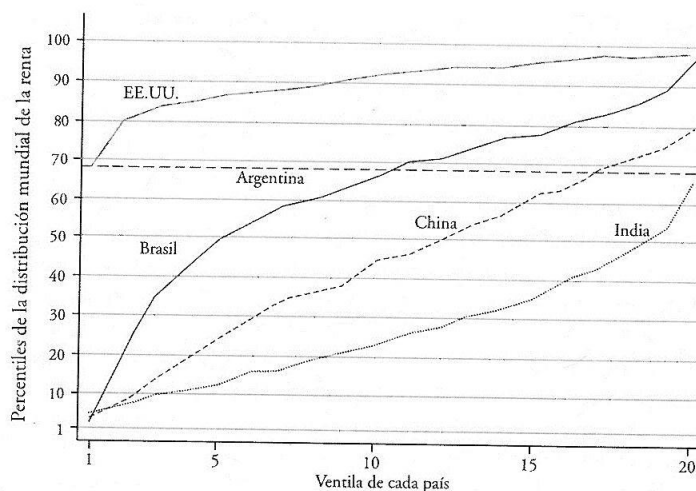


Gráfico 2.2 Gráfico renta familiar media en \$PPA

La ventila más pobre de la población estadounidense se posiciona en el percentil 68, lo que significa que los estadounidenses más pobres tienen más ingresos que las dos terceras partes de la población mundial.

Las pendientes que trazan las líneas de cada país indican a su vez el grado de desigualdad que existe en los mismos.

Por ejemplo, desde la ventila más pobre a la más rica de Estados Unidos hay una distancia de 32 percentiles, expresando una pendiente poco pronunciada.

Para el caso de China el resultado es de 82 percentiles de diferencia.

Ademas, puede aprovecharse esta representación gráfica para demostrar lo enunciado anteriormente: China es un país relativamente pobre ya que, a pesar de las grandes diferencias entre la ventila más pobre y las más rica, esta última no sobrepasa en exceso el percentil 80 de la distribución de la renta mundial.

De nuevo, se recurre al excepcional caso de Brasil, en el que se observa cómo la distribución es sumamente desigual, pues se distribuye desde el percentil primero hasta el más alto de todos. La intepretación que aquí subyace es que en Brasil viven algunas de las personas más pobres y más ricas del mundo.

De la India se puede decir que es un país que reside en la pobreza, pues su ventila inferior está en el cuarto percentil más pobre del mundo y la más rica solo asciende hasta el lugar 68 –justo donde comienza la distribución de la decila más pobre de Estados Unidos- con una diferencia entre ellas de 64 percentiles.

El hecho de que la ventila más pobre de Estados Unidos se solape con la ventila más rica de la India representa que los mayores ricos de la India tienen la misma renta per cápita que los más pobres de Estados Unidos, es decir, solo el 3 por ciento de la población india recibe rentas superiores al percentil más pobre estadounidense.

Cabe completar la información visual del anterior gráfico con el siguiente cuadro, en el que se condensan los índices de Gini y la renta per capita en \$PPA de los cuatros países mencionados.

Se demuestra que más que medidas de desigualdad limitadas a fronteras, se requiere de una visión comparativa entre países ya que por ejemplo, Estados Unidos y China, ostentando un índice de Gini relativamente parecido, viven realidades muy diferentes, pues el posicionamiento de sus poblaciones respectivas sobre el gráfico de la distribución de la renta global son radicalmente dispares.

	<i>Índice de Gini</i>	<i>PIB per cápita, \$PPA</i>
<i>EEUU</i>	41,06	49.781
<i>Brasil</i>	53,09	14.836
<i>China</i>	42,16	11.145
<i>India</i>	35,15	4.634

Cuadro realizado según disponibilidad de datos del Banco Mundial para Estados Unidos, Brasil, China e India para los periodos 2011-2013.

Lo mismo ocurre con Brasil, ya que a pesar de tener la segunda renta per cápita más alta de los cuatro países comparados muestra el índice de desigualdad más alto.

Por tanto, la utilización de rentas medias para valorar el bienestar de una sociedad carece de excesivo rigor en los casos como éste en los que el índice de Gini es tan alto, debido a que la posibilidad de que algún brasileño disponga de esa renta media es más bien baja; la distribución de la renta en ese país está muy polarizada hacia los extremos.

Efectivamente, a pesar de que la renta per cápita suele estar positivamente correlacionada con la calidad de vida de los habitantes de un país, su efecto tiende a disminuir cuando se llega a cierto umbral de renta, además de que se desvirtúa su interpretación si el país analizado lidia con altos índices de Gini.

Se entiende por tanto que la utilización de promedios puede llevar a conclusiones parcialmente engañosas.

Volviendo a los solapamientos entre las ventilas pobres y ricas de diferentes países se encuentran más ejemplos como el de Camerún y Alemania, donde solo el 5 por ciento de la población camerunés tiene rentas superiores a las de los alemanes más pobres.

En el caso de Costa de Marfil y Francia, el porcentaje de solapamiento es del 12 por ciento; entre Zimbabwe y Gran Bretaña, un 5 por ciento, con lo que se ilustra que las proporciones del solapamiento de percentiles entre países ricos y pobres son mínimas.

Utilizando un gráfico de estructura similar al anterior, y para estudiar donde se sitúa España sobre la distribución global de la renta, se pasa a analizar el siguiente material:

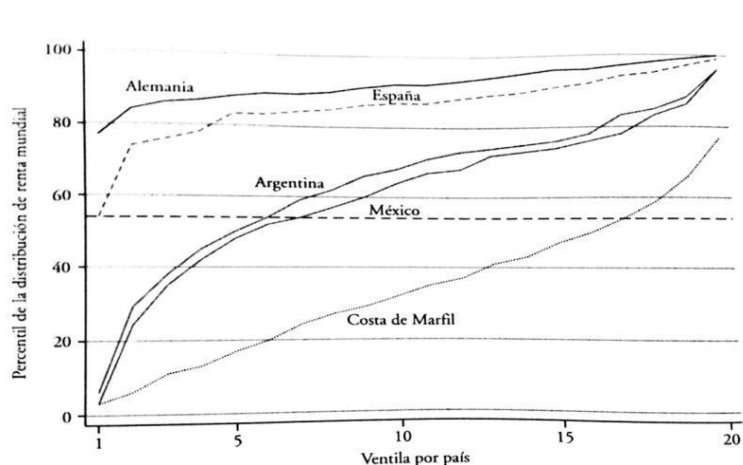


Gráfico 2.3. Ampliación a más países del Gráfico 2.2

La distribución de renta alemana supera en todo su recorrido a España, aunque las diferencias entre las personas más ricas de ambos países tienden a converger, reduciéndose las diferencias en las ventilas más altas de la renta.

Sin embargo, el grupo español más pobre se sitúa tan solo en el percentil 54, mientras que el de los alemanes lo hace en el 80. Por tanto, la principal diferencia entre nuestro país y el alemán, radica en las diferencias de renta existentes entre los alemanes más pobres y los españoles más pobres.

Lo mismo ocurre si comparamos a España con Argentina o México; el gran desfase entre ellos se produce entre los habitantes más pobres, para después ir convergiendo conforme se analizan las ventilas de renta superior.

Merece destacar que más de dos terceras partes de los ciudadanos argentinos y mexicanos son más ricos que los españoles más pobres.

Sin embargo, para que el nivel de vida de los ciudadanos de Costa de Marfil se acerque al de los españoles más pobres, se necesita alcanzar la ventila más rica de Costa de Marfil.

Esta visión comparativa de la distribución real de la renta entre los países del mundo, debería ser tomada en cuenta a la hora de gestionar la asignación de ayudas para el desarrollo que se realizan desde los países ricos, tomando en consideración no solo la renta media de los países sino también la distribución de dichas rentas ya que cabría la posibilidad de que, en última instancia, la clase media de un país rico pudiese estar financiando sin saberlo a las personas más ricas de los países más pobres.

Es fácil comprender tras este análisis que la mayor parte de los ingresos de la vida de un individuo vendrán determinados por su lugar de nacimiento, recibiendo los nacidos en un país rico una “renta de situación”, frente a los pobres que reciben una “multa de situación”.

Si se realiza una regresión en la que estén trazadas las rentas reales de todas las personas del mundo sobre la renta media de sus respectivos países, se observa que el lugar de nacimiento explica más del 60 por ciento de la variabilidad en las rentas globales. (Milanovic, 2011)

Éste último dato es de trascendental relevancia a la hora de abordar el siguiente apartado: el estudio de la desigualdad global interpersonal.

IV – Desigualdad Global

El estudio de este tipo de desigualdad está tomando importancia desde hace relativamente poco tiempo.

La forma en la que se estudia este tipo de desigualdad se obtiene de la suma de las desigualdades entre países y la de aquellas existentes dentro de cada país. Es decir, de las dos desigualdades analizadas con anterioridad.

El estudio de ésta se torna difícil en tanto en cuanto las encuestas de hogares –las que se utilizan para calcular las diferencias de renta entre los individuos dentro de cada nación– son mucho más difíciles de conseguir que la información del PIB per cápita.

Las encuestas de hogares empiezan a estar disponibles para un mayor número de países a partir de los años ochenta por el hecho de que China, la Unión Soviética y los países africanos comenzaron a realizarlas, por unas cuestiones u otras, además de por la implicación de las agencias internacionales, en particular del Banco Mundial.

A esto se añade el hecho de que los datos de distribución de la renta se consideraban un asunto nacional, y no global, lo que ha ido cambiando de un tiempo aquí gracias a la globalización, la cual facilita el contacto más directo de los unos con los otros y la generación de la idea de que cabe el estudio de una desigualdad interpersonal que rompa la barrera de las fronteras.

Desde que despertó el interés por medir la desigualdad global, tratando el mundo como si fuese un solo país, se han venido realizando estudios sobre la misma con intervalos aproximados de cinco años, que empiezan en 1988.

La razón de los intervalos de cinco años radica en el hecho de que las encuestas de hogares no se realizan con periodicidad anual en todos los países.

Los resultados muestran que la desigualdad es extremadamente elevada si entendemos el mundo como un único país, pues el coeficiente de Gini supera el valor de 70, (Milanovic, 2011) valor muy superior al de cualquier país real del mundo.

Recordar que el índice de Gini de Brasil, país que como se ha visto es extremadamente desigual, es más o menos de 60 puntos. Cifra similar a la de Sudáfrica.

Se alcanza el índice de Gini de 70 cuando los ingresos individuales de quienes viven en países pobres se ajustan con los niveles de precios más bajos de esos mismos países. En cambio, si se utiliza la renta real en dólares, la desigualdad global entre los ciudadanos del mundo aumenta llegando a un índice de Gini de 80.

Actualmente, la distribución de renta global es tal que el 10 por ciento más rico de los perceptores reciben el 56 por ciento de la renta generada en el mundo, mientras que el 10 por ciento más pobre recibe tan solo 0,7 por ciento. Por tanto, la ratio entre la decila más pobre y más rica en renta media está en torno a ochenta a uno. (Milanovic, 2011) Notar que, desde la perspectiva del análisis interno de un país desarrollado, esa misma ratio no excedía de diez a uno.

Esta distancia entre decilas se exagerará más aún si se compara en términos de dólares normales, es decir, sin ajustar por PPA los menores niveles de precios de los países pobres.

Es necesario ahora dejar constancia de que uno de los mayores problemas a los que se enfrentan los especialistas en el análisis de la desigualdad global es que las estadísticas de los sondeos suelen venir cargadas de “ruido”.

Esto se explica por la dificultad derivada de la consecución de los diferentes componentes de la renta –valor de la vivienda propia, valoración del autoconsumo o autoempleo- y las diferencias en la voluntad de participar de los ricos.

Por tanto, los índices de Gini pueden llevar importantes errores estándar.

Desde el primer cálculo de este coeficiente en 1988 hasta el presente, el índice de Gini para la población mundial ha permanecido en torno a los 70 puntos, manteniéndose dentro de un error estándar.

Se debe tener en cuenta, en primer lugar, que en el cálculo de la desigualdad global se valoran las diferencias de renta dentro de cada país y que, si como se ha expuesto en el apartado II están aumentando, la global tiene que aumentar también.

En segundo lugar, es de relevancia el hecho también explicado en el apartado III de que las rentas medias nacionales están divergiendo entre países, consecuencia del más lento crecimiento de los países pobres con respecto a los ricos. Por tanto, la desigualdad global se ve incrementada también por este lado.

Este segundo factor es el que determina con mayor contundencia el aumento de la desigualdad global en nuestro mundo.

Las diferencias de renta entre los ciudadanos de un mismo país pueden explicar apenas del 10 al 20 por ciento de la desigualdad global interpersonal, en contra de la capacidad explicativa -del 60 por ciento- de la desigualdad entre países sobre la desigualdad global.

Suponiendo el hipotético caso de que estas diferencias internas dentro del mismo país se redujesen al mínimo, es decir, si todos los habitantes de éste recibiesen la renta media del país, el índice de Gini para la desigualdad global descendería tan solo hasta los 63 puntos.

Sin embargo, entra en juego de nuevo la fuerza niveladora del intenso crecimiento de China y la India que hace frenar la desigualdad global por el hecho de que son economías pobres que crecen más rápido que las ricas.

Esta tendencia niveladora de China y la India ha sido la responsable de equilibrar la deriva hacia el crecimiento de la desigualdad global, generada por las otras dos fuerzas, debido a que las diferencias entre los PIB per cápita de los países explican la mayor parte de la desigualdad global.

A todo esto, se añade el hecho de que todavía no existe un consenso académico claro acerca de si la globalización afecta positiva o negativamente a la evolución de la desigualdad global.

Esto se debe a que la globalización puede afectar tanto a países ricos como pobres, tanto grandes como pequeños y a que puede hacer variar sus índices de crecimiento de formas muy dispares.

Por tanto, resulta dificultoso dar respuesta a si la globalización afecta positiva o negativamente a la desigualdad global debido a que estas tres fuerzas se mueven en diferentes direcciones, estirando el resultado hacia la inconclusión.

Se pasa analizar quiénes son los habitantes del mundo que, bajo la estimación de la renta global, se encuentran en los extremos superiores e inferiores de la misma.

Suponiendo 6000 millones de habitantes en el planeta –menor número que el real puesto que quedan eliminados los países en conflicto en los que no se realizan encuestas nacionales de hogares- el 1 por ciento más rico serían alrededor de 60 millones de habitantes. Cincuenta millones de los mismos habitan en Europa Occidental, Norteamérica y Oceanía.

Ampliando la mira a la decila superior, el 70 por ciento de los habitantes más ricos se sitúan en las naciones occidentales ricas y el 20 por ciento en los países asiáticos, seguidos de Latinoamérica con un 5 por ciento.

Se observa que, en cifras significativas, los habitantes chinos e indios no consiguen situarse en la decila global superior de la distribución de la renta. Sin embargo, hay más de 2 millones de sudafricanos y 7 millones de rusos.

En la decila pobre, el 70 por ciento de los ocupantes provienen de Asia, una cuarta parte de África y el 5 por ciento restante de Latinoamérica. Por contra, no hay ciudadanos del este de Europa o de los países occidentales en la decila más baja. . (Milanovic 2011)

Pero, ¿cómo ha sido la evolución de la distribución global de la renta en el tiempo?

François Bourguignon, economista experto en el estudio de las distribuciones de la renta, junto a Christian Morrison, historiador económico francés, estiman que la desigualdad global para el año 1820 venía determinada con un índice de Gini de 50 puntos.

Más tarde, aumentó hasta los 61 puntos en 1910, pasando por 64 en 1950 y llegando a 66 en 1992, como muestra la siguiente tabla. (*Inequality Among World Citizens: 1820-1992*, Françoise Bourguignon and Christian Morrison)

Año	Coefficiente de Gini
1820	0.500
1850	0.532
1870	0.560
1890	0.588
1910	0.610
1929	0.616
1950	0.640
1960	0.635
1970	0.650
1980	0.657
1992	0.657

Fuente: Bourguignon y Morrison (2002).

A pesar de que la evolución de la desigualdad es difícil de predecir, se podría concluir que el rápido crecimiento de China e India harán disminuir la desigualdad global de cara al futuro.

Pero, con visión económica, es arriesgado realizar tal enunciación ya que no se puede afirmar categóricamente que estos dos países vayan a seguir creciendo ininterrumpidamente.

A esto se añade el hecho de que, suponiendo que así fuese, China e India llegarían a rebasar el umbral de la renta media global, con lo que a partir de ahí su crecimiento comenzaría a crear el efecto contrario; se alejaría de los países más pobres y su crecimiento favorecería el aumento de la desigualdad global conforme otros países muy poblados como Nigeria o Pakistán fueran quedándose atrás.

Es de importancia notar que a pesar de que la desigualdad global ha estado creciendo invariable desde hace más de dos siglos, los factores que han determinado tal crecimiento sí que se han variado con el paso del tiempo.

Es decir, el poder explicativo de la desigualdad global ha pasado de radicar en las desigualdades nacionales a explicarse en su mayor parte por la desigualdad de rentas medias entre países, por lo que el posicionamiento de rentas de China, India y Estados Unidos pasa a ser decisivo en la determinación su avance.

El problema de la valoración de la desigualdad global subyace en el hecho de que no existen mecanismos de regulación o propuestas de mejora en tanto en cuanto no existe un gobierno global que pudiese aplicar políticas redistributivas de la renta o de educación como se ha mentado en la primera parte.

Sin embargo, Piketty afirma que un impuesto global al capital no debe esperar a un gobierno mundial.

La desigualdad dentro de un país es más perceptible por los ciudadanos y, además, se dispone de los mecanismos necesarios para tratar de cambiar su rumbo.

La dificultad de establecer soluciones a la desigualdad global, genera a su vez efectos colaterales como la migración masiva internacional de los países de renta baja a los de renta alta. Y, visto desde la perspectiva nacional, la desigualdad dentro de un mismo

país se asocia con una inestabilidad política que, en mayor o menos medida, acabará afectando a sus países vecinos.

Esto acaba, en última instancia, afectando a los niveles de desigualdad global, pues todos estos hechos están íntimamente relacionados con los niveles de la misma.

Se puede ahora ampliar el uso de la renta media utilizada anteriormente para el escenario países, llevándola a lo global.

La renta media mundial, para el año 2005, fue de 1.225 \$PPA. Esto equivale a 3,3 dólares PPA diarios per cápita, una cuarta parte menos de la línea oficial de pobreza en los países ricos.

Usando el enfoque por el que la clase media engloba a aquellos cuya renta se posiciona un 25% por ciento por encima y por debajo de la renta media y aplicándolo a la renta media mundial, tan solo 850 millones de personas obtendrían el título de clase media global. Esto equivale al 15 por ciento de la población mundial.

La evolución de este porcentaje de pertenencia a la clase media global, desde que se disponen de datos de encuestas a hogares, ha pasado de ser un 13 por ciento en 1988, a un 14 por ciento en 1993 hasta llegar al 15 por ciento en 2005. (Milanovic, 2011)

La clase media global está compuesta casi en su totalidad por habitantes del tercer mundo; unos 600 millones de esos 850 habitan en Asia, 90 millones en Latinoamérica y 100 millones en África. Los habitantes de los países desarrollados que se posicionan en la clase media global son 15 millones, siendo todos habitantes turcos, el país más pobre del mundo occidental.

De estos se deduce que el mundo actual es extremadamente desigual, pues los habitantes se posicionan muy por encima o muy por debajo de la renta media global y que, además, esa clase media global se consideraría en situación de pobreza a los ojos de los estándares de la misma de los países ricos.

V – Conclusión

La conclusión universal a la que llega este proyecto es que la desigualdad global está aumentando.

Si, como se ha dicho, la mayor parte de este aumento viene explicado por la divergencia de rentas entre los diferentes países, donde las posibilidades de actuación con respecto a ella de los gobiernos estatales se saben pocas o más bien nulas, este acometido quedaría relegado a las instituciones de carácter internacional, las cuales carecen de herramientas plenamente desarrolladas para ejercer, por ejemplo, un ejercicio de redistribución global como el que plantea Piketty.

Considero trascendental la realización de este trabajo en tanto en cuando la desigualdad dentro de un mismo país es ampliamente conocida -aun por quienes carecen de formación económica- simplemente con ser mentada o de ser deriva de la observación diaria dentro los propios hogares, barrios o provincias.

Sin embargo, conforme se amplía la mira y el estudio de la desigualdad trasciende de los países y pasa a realizarse de una forma internacional o incluso global, los datos, el conocimiento y las conclusiones sobre la misma parecen difuminarse.

Concluyo que correspondería activar los mecanismos que faciliten, aseguren y promuevan la elaboración más reiterada de estudios de desigualdad global interpersonal así como de los instrumentos que, en base al mayor conocimiento derivado de estos estudios, sea capaz de instrumentalizar los datos en cambios que aplanen la tendencia al aumento de la desigualdad global.

Incido en el hecho de que se requiere de más estudios de desigualdad interpersonal global ya que, como todo economista sabe, para poder analizar, predecir y cambiar el rumbo de un hecho económico se necesitan estudios de amplia información, fiables y sin información sesgada para la posterior aplicación de las herramientas necesarias.

A pesar de ello, Branko Milanovic incide en el hecho de que los estudios de desigualdad global interpersonal no son demasiado populares, pues son discretamente ignorados tal vez por desconocimiento o sensación lejanía.

Y, no encontrando mejor forma de expresar esta idea, finalizo con una cita del mismo que espero sepa reflejar qué es lo que, a grande rasgos, podría estar ocurriendo con respecto a la falta de estudios de desigualdad global interpersonal:

“Lo cierto es que “mi” preocupación por la pobreza de algunas personas me proporciona una cálida y agradable sensación de bienestar, ya que estoy dispuesto a utilizar mi dinero para ayudarles. La caridad es una cosa buena; muchos egos se hinchan gracias a ella y sirve para aumentar la reputación ética aunque solo se donen pequeñas cantidades a los pobres. Pero la desigualdad es otra cosa. Cualquier mención de ella pone en duda la legitimidad o lo apropiado de mis ingresos”.

VI - Bibliografía

- Bourguignon, Françaises, *Inequality Among World Citizens: 1820-1992*, The American Economic Review, Vol. 92, No. 4. (Sep., 2002), pp. 727-744.
- Branko Milanovic, *Los que tienen y los que no tienen*, 2011, Alianza Editorial.
- Fatás, Francisco. “*Modelos de Crecimiento Económico*”. Macroeconomía IV. Universidad de Zaragoza, 2017.
- Freeman, Richard, *People Flows in Globalization*, National Bureau of Economic Research Working Paper 121315, Cambridge, MA, 2006.
- Glaeser, Edward L., *Inequality*, Harvard Institute of Economic Research, Discussion Paper Number 2078, 2005).
- Gradín, Carlos, Del Río Coral, *La medición de la desigualdad*, Instituto de Estudios Económicos, 2001.
- Milanovic, Branko, *Los que tienen y los que no tienen*, 2011, Alianza Editorial.
- Milanovic, Branko, *The median-voter hypothesis, income inequality, and income redistribution: an empirical test with the required data*, European Journal of Political Economy Vol. 16, 2000 367–410.
- Rawls, John, *The Law of peoples*, Cambridge, Harvard University Press, 1999.
- Sánchez, Alfonso. “*La Revolución Marginalista*”, Historia del pensamiento - Económico. Universidad de Zaragoza, 2016.
- World Bank, <http://bancomundial.org>, 2017, 2017.